

¿QUE CONDICIONES SOCIALES SE REQUIEREN PARA QUE LA DEMOCRACIA INORGÁNICA PUEDA FUNCIONAR ACEPTABLEMENTE? EN MI ÚLTIMO ARTÍCULO INTENTÉ PROBAR QUE UN ALTO NIVEL MEDIO DE VIDA ES UN FACTOR COADYUVANTE, PERO NO DESENCADENANTE O IMPRESCINDIBLE. EN EL SIGLO XIX HUBO DEMOCRACIAS RELATIVAMENTE POBRES, COMO LA ESTADOUNIDENSE Y LA SUÍZA; Y HOY EXISTEN NACIONES OPULENTES, COMO ARABIA SAUDITA, CON RÉGIMENES ABSOLUTOS. HAY TAMBIÉN PUEBLOS DE ALTA RENTA NACIONAL, COMO ITALIA Y ARGENTINA, DONDE LA DEMOCRACIA APENAS FUNCIONA. NO SE DA RELACIÓN PROPORCIONAL INMEDIATA ENTRE RIQUEZA NACIONAL Y DEMOLIBERALISMO.

suspenda cuando se trate de ofrecer una ocasión de triunfo a los demás.

¿Dependerá la viabilidad del sistema de la idiosincrasia nacional? A los latinos —se ha repetido— no nos va la partitocracia a causa de nuestra vehemencia e individualismo. Pero esta hipótesis la desmintieron durante decenios Uruguay, Chile y la propia España canovista. Y, últimamente, la V República francesa. El recurso al espíritu del pueblo es demasiado metafísico y, además, no es verdad.

El aceptable funcionamiento de la democracia inorgánica no está condicionado por factores tan rígidos como la infraestructura económica o la psicología nacional; más bien depende de unas ciertas disposiciones de la clase política. Aunque resulte paradójico para quienes ignoran la teoría elitista de la sociedad, también la viabilidad del modelo democrático depende principalmente de la minoría. Estos son los básicos requerimientos:

1. Un número reducido de equipos políticos en pugna porque entonces habrá pocos partidos, ya que éstos no son creación de las masas, sino de las diferentes facciones elitistas. La democracia inorgánica no puede funcionar sin un partido o una coalición estable, y ambas cosas son tanto más probables cuanto menos partidos haya. Allí donde los aspirantes al Poder estén muy fragmentados, la democracia inorgánica será inviable, puesto que conducirá a la inestabilidad y al desgobierno.

2. Una coincidencia básica entre aquellos partidos que puedan intervenir decisivamente en la configuración del Gabinete. Esta coincidencia tiene que versar tanto sobre las reglas del juego político como sobre los valores permanentes de la sociedad. Si la lucha se perpetúa en torno a cuestiones de procedimiento, la gobernación queda postergada y el sistema desembocará en la ineficacia. Si las discrepancias afectan a cuestiones radicales e irreductibles, como pueden serlo la unidad nacional o las creencias religiosas, el entendimiento resulta imposible, y la tensión política llega a revestir caracteres bélicos y to-

talitarios. Ambos supuestos pertenecen al nivel de las minorías, puesto que lo mismo las Constituciones que las filosofías son producto de las élites. Allí donde cada equipo partidista tiene su propio modelo de Estado o su concepción del mundo, absolutamente inaceptable para los otros, la democracia conduce a una insuperable conflictividad y, por ello, fracasa.

3. Subordinación de los intereses partidistas a los nacionales. En caso contrario, los partidos serán sectarios desde el Gobierno, lo que, en ocasiones, puede estar a un paso de la iniquidad; y, desde la oposición, serán implacables, es decir, desmedidos en la crítica. Mutuamente se excitarán al revanchismo y al abuso contrario. Leyes de clase o de grupos son, por definición, injustas. También la extremosidad en la censura y en la fiscalización pueden tener consecuencias generales tan negativas que aboquen al nihilismo social. No es insólito que la magnificación de irregularidades, hasta convertirlas en escándalos, además de dañar a unos hombres y, eventualmente, a su partido, desprestigie a las instituciones, con lo que el triunfo del acusador resulta catastrófico para el país. Allí donde las oligarquías no son capaces de moderar sus tentaciones de parcialidad, la partitocracia puede ser un instrumento de iniquidad y autodestrucción.

4. Aceptación de la reversibilidad. Si hay un partido de pretensiones totalitarias que, como el comunista, considera que su marcha hacia el Poder no admite retorno y que, cuando lo conquista, clausura las vías de acceso, la democracia inorgánica está amenazada de extinción. Es cierto que en todo partido hay una inclinación monopolista; pero no es incompatible con la disposición a aceptar el relevo. El supuesto amenazador para el sistema es que haya quien siga el juego constitucional mientras le brinde oportunidades, pero lo

5. Continuidad administrativa. La democracia inorgánica es casi inseparable de la alternancia: unos partidos suceden a otros en el Poder. Para que el Estado no sea la tela de Penélope es necesario que los partidos renuncien a politizar la Administración, renovándola con correccionarios, y a destruir o interrumpir la obra del partido predecesor. Cuando en la fracción triunfante domina el egoísmo y la revancha, el turno democrático puede llegar a convertirse en una sucesión de esfuerzos gubernamentales contradictorios que, al fin y a la postre, arrojan un saldo nacional que se aproxima a cero.

6. Una dialéctica racional, es decir, apoyada en datos objetivos y en argumentos lógicos, y en los antipodas de la violencia física. Sólo así es posible la controversia creadora. Cuando la polémica interpartidista se basa en la falsificación, el sofisma, la pasión o la sátira, se frustra el diálogo y crecen resentimientos y rencores en una clase política que tiende a destruirse a sí misma y a servirse, cara al pueblo, de la diatriba del adversario y de la pura demagogia. También esta autofagocitosis elitista corroe a la democracia inorgánica y potencia sus otras enmiendas internas.

Estos condicionamientos reales y, sobre todo, los cinco primeros son inexorables. Optar por la fórmula partitocrática con una clase política carente de los supuestos mínimos para que el sistema pueda funcionar sería un contrasentido. La aptitud de una sociedad para el modelo demoliberal viene definida por la composición y la calidad de la minoría dirigente y, en concreto, por su disposición a adoptar los hábitos imprescindibles para el funcionamiento del sistema. Allí donde los ambiciosos de mando estén muy fragmentados, y en sus conflictos interelitistas caigan en el radicalismo, la intolerancia, el sectarismo, el monopolio y el improperio, será casi imposible que pueda funcionar el sistema de partidos. Y casi ninguno de estos malos modos puede ser evitado por decreto. Tiene que nacer del sentido de responsabilidad de los hombres públicos y de los medios de comunicación de masas que les sirven. La democracia inorgánica, aunque sea muy cara, no es un problema de renta nacional, ni tampoco de etnología; es, sobre todo, de disciplinada aceptación de unas difíciles reglas del juego por los aspirantes al Poder. Como en la Monarquía o en la aristocracia, también en la democracia la viabilidad depende de que los protagonistas estén a la altura de las circunstancias.

Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA